LA OVEJA DESCARRIADA.

PROVERBIO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE DON NARCISO SERRA.

MADRID.
IMPRENTA DE ROJAS Y COMPAÑÍA,
calle de Valverde, 16 y 18.
1865.

LA OVEJA DESCARRIADA.

PROVERBIO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE DON NARCISO SERRA.

MADRID.
IMPRENTA DE ROJAS Y COMPAÑÍA,
calle de Valverde, 16 y 18.
1865.

Es propiedad de *D. José Serra y Ortega*, quien perseguirá ante la ley á quien la reimprima ó represente sin su permiso.

A LA EMINENTE ACTRIZ

DOÑA MATILDE DIEZ.

Mi querida amiga: Acepte Vd. la dedicatoria de este proverbio, que no merece que Vd. honre con su nombre la primera página, porque es muy malo, y porque el papel que Vd. desempeña en él, es muy malo tambien.

Sin embargo, tal y como es, se le ofrezco á Vd., esperando ser más afortunado en otra ocasion

su leal amigo,

N. SERRA.

717180

PERSONAJES.	ACTORES.
CLARA.	Señora doña Matilde Diez.
GENOVEVA.	Señora doña Josefa Hijosa.
DON JUAN..	Señor don Manuel Catalina.
DON MARCELO..	Señor don Antonio Pizarroso.
DON LUIS..	Señor don Manuel Pastrana.
DON CARLOS	Señor don Rafael Muñoz.
UN CRIADO.	

La accion pasa en Madrid, y en nuestros dias.

ACTO PRIMERO.

Sala elegante con puertas laterales.—Muebles.

ESCENA PRIMERA.

D. Cárlos.

Nadie: pues señor, me alegro.
Me arrellano en un sillon,
y hallándome asi sentado
reflexionaré mejor.
Como si tuviera uno
ni chispa de reflexion
cuando uno está enamorado,
que enamorado estoy yo.
Sí señor: tiene una cara,
y unos ojos y una voz....
Soy poco más jóven que ella,
que tendrá.... sí, tendrá por
treinta y cuatro ó treinta y cinco....
pero esa no es la cuestion;
la cuestion es que al mirarla
siento.... vamos, un rubor
y una gana de... y me laten
las alas del corazon
tan fuerte que no respiro;
es fuerza que salga ¡oh!

de esta situacion tan... ¡ah!
tan precaria y tan atroz.
No vive con su marido,
no le ama, no señor;
con él tiene una amistosa
pero al fin separacion.
Si yo logro interesarla...
sí, sí, esto es lo mejor.
¿Cómo le daré esta carta,
en la que mi amor pintó
todas las penas que siente
con el más vivo color?
No sé cómo... Ella me trata
con mucha franqueza y con...
pero si yo no me atrevo...
aquí está ella; se acabó.

ESCENA II.

D. Cárlos, Clara, Genoveva y Luis.

Clara. Hijos, teneis tanto empeño
y me pintais tanto amor,
que yo al fin y al cabo cedo.
¡Oh! pero no sabeis lo
que es el matrimonio.

Genoveva. Sí:
ignorándolo los dos,
queremos para saberlo
casarnos; nada mejor.

Luis. La deberé á usted mi vida,
mi felicidad.

Genoveva. Y yo.

Clara. ¡Ah! ¿usted, señor don Cárlos,
ahí está hecho un huron?
No me habian avisado.

Cárlos. No hay nada perdido; soy
de la casa.

Clara. Ciertamente.
Pero ¡qué idea! El señor

puede aconsejarnos bien
en el asunto.

CÁRLOS. Eso, ¡oh!
si es asunto de despojo,
es decir, de expropiacion,
ó de subasta, ó de embargo,
yo soy muy conocedor...

CLARA. No es eso; es un casamiento.

CÁRLOS. ¿Un casamiento? Por Dios,
¿qué es lo que está usté diciendo,
señora? Un procurador
no hace bodas, las deshace.

LUIS. Este negocio acabó.

GENOVEVA. Sí: solo falta estender
el contrato; operacion
á mi entender muy sencilla:
que al fin y al cabo, señor,
para él y para mí nada,
y todo para los dos.
Pero mamá quiere que
se haga con todo rigor,
en debida forma...

CÁRLOS. Es justo
y mamá tiene razon.
Marido es el enemigo
natural, y voto al sol...

CLARA. Don Cárlos...

CÁRLOS. ¡Ah! sí, me callo.
Todas estas cosas son
aprendidas con la práctica,
¡oh! muchísimo mejor.
¿Decididamente casa
á su hija con el doctor?

CLARA. ¿Qué quiere usted que yo haga?
Se han empeñado los dos.

GENOVEVA. Justo es viva me consagre
al hombre que me sacó
de las garras de la muerte
y...

LUIS. ¡Genoveva, por Dios!

GENOVEVA. Yo quiero que todo el mundo
le alabe á usted, sí señor.
Cuando salí del colegio
caí con un mal atroz;
más aliviada, me fuí
con mi mamá á Sacedon;
pero recaí de nuevo,
y á no haber sido por los
muchos cuidados de usted,
su constancia, su teson,
y su estremado cariño,
cuenta hubiera dado á Dios.

CLARA Y es hijo de nuestro amigo
el que es administrador
de Sacedon: yo le quiero
como á un padre.

GENOVEVA. Pues, ¿y yó?

CÁRLOS. Pues buscaré un escribano,
y en cuatro minutos ó
cinco, estendido el contrato.

LUIS. Convendria que el señor
de Ferrer...

CLARA. (*Inmutándose.*) Oh, sí, Ferrer
nos dará su aprobación.
Pero su papá de usted
llega hoy mismo...

LUIS. Sí, ahora voy
á buscarle; falta solo
que su marido..

CLARA. Eso nó;
no debe ya de tardar:
un negocio le impidió...
Vé á la cocina, es preciso
que tengas disposicion,
y el manejo de una casa... (*Váse Genoveva.*)

LUIS. Adios, señoras.

CLARA. Adios.

ESCENA III.

CÁRLOS, CLARA.

CÁRLOS. Me parece que ese jóven
no se halla muy al corriente
de lo que pasa.

CLARA. Ni ella
tampoco: porque ella cree
que él se hallaba viajando
cuando la sacamos de ese
colegio, en que ha pasado
unos ocho años y meses.

CÁRLOS. Cierto; y es cosa tan dura
decir á dos que se quieren:
«No os caseis, el matrimonio
es un lazo que ata fuerte;
no os caseis.»

CLARA. El matrimonio
es un lazo indigno, aleve,
y aunque pida uno el divorcio,
nunca quieren concederle.
En un siglo ha habido uno,
el de Napoleon; y ese,
porque era Napoleon
y porque hablaba muy fuerte.

CÁRLOS. Es verdad.

CLARA. Y no es lo malo
que así amistosamente...
¡Ay! ¿quién me lo hubiera dicho?
Él tan bueno, tan alegre
al principio.

CÁRLOS. Sí, al principio
todos son... despues se suelen...

CLARA. Siempre mirando mi cara
á ver qué queria, y siempre...
Yo me dejaba querer,
pasaron así unos meses,

y al cabo de ellos un génio...
como... como una serpiente.
Si yo le decia *aches*,
siempre habian de ser *erres:*
esa vida de tormento
no habia quien resistiese,
hasta que por fin un dia
le dije:—«No te molestes
viviendo mártir, y así...
tenemos lo suficiente;
yo en mi lado y tú en el tuyo;
no es separacion solemne
sino amistosa, por no
convenir los caractéres.
Tú con la administracion
sigues de todos mis bienes,
me das una cantidad
mensual.»—«Bueno, tú lo quieres,
agur,»—dijo;—y dió un portazo
tal que hizo estremecerse
toda la casa. De esto hace
un año que estoy sin verle;
y me va muy mal, porque
hoy somos siete... sí, siete,
y aún la mensualidad
no ha parecido: como este
caso de casar la niña
es tan grave, me parece
muy bien darle cuenta... sí,
es necesario que apruebe...

CÁRLOS. Voto á doscientas legiones
de demonios...

CLARA. ¿Qué sucede?

CÁRLOS. Si se le antoja quedarse
se queda aquí, porque él tiene
derechos...

CLARA. ¿Tiene derechos?
Norabuena que se quede
por unos dias no más...
Él está muy bien de huésped,

viviendo como soltero,
jugando... es un vicio ese
que le fascina y le ciega;
y es particular, no pierde.

CÁRLOS. Pues yo voy...

CLARA. ¿Se marcha usted?

CÁRLOS. Voy á ver si encuentro ese
escribano: mi palabra
es mi palabra, y yo siempre...
y por el *necesaire* que
la gusta á usté.

CLARA. Es un juguete
tan lindo...

CÁRLOS. Sí, muy bonito;
y viene perfectamente,
porque... en fin... adios.

CLARA. Adios.

CÁRLOS. (*Aparte.*) La misiva es algo fuerte.
La meto en el *necesaire*,
ella la toma, me lee,
y me contesta. Soy... vamos,
un calavera con suerte.

ESCENA IV.

CLARA.

Vamos á ver: es preciso
tener gran serenidad
y mostrar mucho despejo,
y no dejarse ablandar.....
Aunque él no insistirá nada,
claro que no insistirá.
Le va muy bien con su vida
y su dulce libertad:
juega fuerte... no sé qué
gusto saca de jugar;
con una mano lo coje,
con otra mano lo dá.....
¿Si me encontrará aviejada?

No, no, estoy regular. (*Mirándose al espejo.*)
No es que á mí me importe, pero
sería cosa fatal.
Él que me ha querido tanto.....
me quería de verdad;
pero su génio y el mio
no pueden simpatizar.
¿Eh? ¿qué ruido es ese?

JUAN. (*Dentro.*) ¡Imbécil!
Yo soy el amo.

CLARA. Aquí está.

ESCENA V.

CLARA, JUAN.

CLARA. Buenos dias.

JUAN. Buenos son,
cuando vengo estropeado...
¡Uf! tiene usted un criado...

CLARA. Que cumple su obligacion.

JUAN. Empeñado en pasar
siempre delante de mí
y en anunciar... como si
fuera preciso anunciar...
Repréndale.

CLARA. Así lo haré;
aunque no es nada estraño:
lleva aquí un año, y un año
hace que no viene usté.

JUAN. ¿Y para qué era venir
diariamente como un santo?
Nos hemos dicho ya cuanto
teníamos que decir.
Yo la apesto á usted, la cargo;
me lo ha dicho usted sin pena
mil veces; enhorabuena:
esto dicho ya, me largo.
Porque el mundo no haga glosa
y juzgue sin ton ni son,

será esta separacion
separacion amistosa.
Vivo en fonda, y muy oronda
debe ser la suerte mia,
pues no pasa ningun dia
en que no coma de fonda.
Nadie tira de mi capa,
puedo jugar... y jugar...
hoy me ha mandado á llamar...
¡Caramba! ¡está usted muy guapa!

CLARA. Es favor...

JUAN. Nó; qué ha de ser
favor. ¡Voto va un cartucho!
me gustaria usted mucho
si no fuera mi mujer.
Yo he venido sin ponerme
un traje, porque creí
que usted se moria, y
que... vamos, queria verme.
Pero, pues juntos los dos
y sanos, esto es lo cierto,
nos hallamos de concierto,
en paz y en gracia de Dios,
justo es de manera fija
sepa de una vez ahora
de qué se trata, señora.

CLARA. De casar á nuestra hija.

JUAN. ¿De casarla?

CLARA. Sí, señor;
me parece que es muy justo.
Ella ha elejido á su gusto
y la consume el amor.
El tiempo se vá pasando
y un deber tras otro viene...
Ya diez y seis años tiene...

JUAN. Sí: tenia quince cuando...
Y ¿quién es el elejido?

CLARA. El hijo de don Marcelo.

JUAN. ¿De Marcelo? Vive el cielo
que es escelente partido.

Mucho le debo querer
si imita al padre, que ha sido
el gran tipo del marido,
siempre fiel á su mujer.
Contínuamente á los otros
de fidelidad hablando...
¡Era mucho hombre! Y cuando
nos queríamos nosotros,
¿recuerda usted cómo daba
de su gozo testimonio,
cantando del matrimonio
las virtudes que ensalzaba?

CLARA. No me acuerdo.

JUAN. Pues yo sí.
Y acordarse debería,
¡vaya! porque en su alegría
abrazaba á usted y á mí,
diciendo: «Venga el que quiera
uno á uno y tres á tres,
á decir si esto no es
felicidad verdadera.»
¡Toma! y tenia razon:
usted me quería á mí,
yo la quería á usted... sí,
con todo mi corazon.
Pero ese génio...

CLARA. El de usté.

JUAN. El de usté.

CLARA. El de usté.

JUAN. Exaltó
mi bílis; porque al fin yo...
está claro... y me marché;
mas, pues que se vá á casar
nuestra muy querida hija
es justo que yo transija:
y tengo que examinar
los contratos, para que
no haya algun *tapsus*, y luego...
haga una chispa de fuego.

CLARA. Bien.—Aquí la tiene usté.

ESCENA VI.

CLARA, JUAN, GENOVEVA.

GENOVEVA. ¡Papá de mi corazon!
JUAN. ¡Hija mia de mi alma!
Otro abrazo.
GENOVEVA. Y otros ciento.
JUAN. Y cuidado si estás alta;
has crecido cuatro dedos
desde que me fui de casa.
GENOVEVA. Pero no te marchas más,
queda prohibida tu marcha:
andar por esos caminos,
abandonar á tu pátria...
¿qué tienes que hacer allí?
JUAN. Hija mia...
GENOVEVA. Nada, nada,
te quedas aquí: verás
qué breve el tiempo se pasa,
qué cuidado estás, qué bien...
no digas que nó, ¡caramba!
Con tu hija que te quiere
y tu mujer que te ama,
¿qué más puedes desear?
Mira qué bonita, abrázala.
JUAN. Con mil amores,—porque (*Bajo á Clara.*)
no se entere.— (Y es muy guapa.)
CLARA. Por nuestra hija... (Y es buen mozo.)
Que no se entere de nada. (*Bajo á Juan.*)
GENOVEVA. Así: qué contenta estoy,
vosotros me dais la pauta
de lo que debo hacer
en cuanto sea casada
y el buen ejemplo jamás
es perdido.
CLARA. (¡Ah! si dudára...)
GENOVEVA. Porque me caso; ¿no sabes?

JUAN. Sí; y es muy acertada
eleccion.

GENOVEVA. Salvó mi vida
cuando estaba yo tan mala...
¡Le quiero tanto! Se esplica
tan bien y con tanta gracia...
y él tambien me quiere mucho,
¡oh! me quiere mucho, ¡vaya!
no parece sino que
son gemelas nuestras almas.

JUAN. Y es el hijo del amigo
más antiguo de la casa.

CLARA. Y parece muy juicioso:
no es amigo de jaranas...
Aquí está.

ESCENA VII.

CLARA, JUAN, GENOVEVA Y LUIS.

LUIS. Muy buenos dias.

JUAN. Acérquese usted. ¡Caramba
lo que ha crecido! ¡Y bigotes!
Como sin pelo de barba
deje de verle, me admiro...
Amigo, ¿con que esta alhaja
le quiere á usted? ¡Qué pareja
tan hermosa! Vaya, vaya,
si estoy contento. ¿Y papá?

LUIS. Ahora de llegar acaba
y está arreglándose un poco,
porque el polvo de la marcha...
para presentarse á ustedes
decentemente.

JUAN. ¡No falta
otra cosa! Vaya usted,
vaya á traerle en volandas,
esté como esté, no importa.

CLARA. Entre amigos, escusadas
son las ceremonias.

LUIS. Voy
con permiso. (*Váse.*)

CLARA. ¿Nada falta
para el almuerzo?

GENOVEVA. La ropa,
la ropa adamascada.
Tú tienes la llave.

CLARA. Ten. (*Dándosela.*)
¡Qué cabeza tengo! Sácala,
y el mantel grande.

GENOVEVA. Corriente. (*Váse.*)

JUAN. (Es muy mujer de su casa.)

ESCENA VIII.

CLARA, JUAN.

JUAN. Y ahora, pues estamos solos,
es muy justo que la dé
la cantidad que la debo;
dos mil reales cada mes.
No me ha sido posible (*sacando una cartera*)
entregarlo antes, porque
tuve que realizar fondos,
y esas cosas... Cuente usted.

CLARA. ¿Para qué? Está bien contado.

JUAN. Nó, nó, hija mia.

CLARA. Está bien.
¡Ah! ¿Qué tiene esa cartera?
¿un retrato de mujer?

JUAN. El de usted. Sin saber cómo
esta mañana le hallé...
y lo metí en el bolsillo.

CLARA. Yo quiero que usted me dé
ese retrato; es muy mio.

JUAN Eso nó, por San Miguel;
es mio, yo lo he comprado;
fuí por él al almacen...

CLARA. Sí; pero el retrato es mio.
JUAN. Ya; pero es mio, porque...
CLARA. Yo no quiero verme así;
tal vez tirada, y tal vez...
Démelo usted.
JUAN. Nó, señora;
me encuentro muy bien con él.
Si fuera de alguna, vamos...
si fuera de alguna, pues...
no digo que no lo diéra;
pero es muy distinto ser...
CLARA. Pues yo no quiero que tenga
mi retrato.
JUAN. En otra vez
usted me le dió diciendo:
«Nunca te separes de él.»
CLARA. Aquel tiempo ya pasó.
JUAN. ¡Ya!
CLARA. Ya es otro tiempo.
JUAN. ¡Pues!
CLARA. Démelo usted; quiero hacerle
mil pedazos; quiero que...
JUAN. No señora; pobrecillo.
¡Oh! ¡Vaya; y está muy bien;
muy parecido; está hablando!
¡Qué bien está usté en papel!
Sin ese génio de sierpe
que confunda Dios, amén.
CLARA. ¿Sierpe? Usté es el serpenton,
y la tigre hircana, y el...
Démelo usted; no consiento
que esté más en su poder.
Démelo usted; quiero hacerle
mil pedazos; quiero hacer...
JUAN. ¡Oh! Nó, señora.
CLARA. Aunque sea
á la fuerza, voy por él.
JUAN. ¡Anda! Ya se ha caído al suelo. (*Se arrodilla*
(Tiene mucha fuerza.) *para cojerle.*)

ESCENA IX.

CLARA, JUAN, D. MARCELO.

MARCELO. Bien;
así me gusta: un marido
á los pies de su mujer.
JUAN. ¡Marcelo!
MARCELO. Marcelo. El mismo
que viste, y que calza, y que...
¡Qué buen mozo estás, caramba!
Y usted tambien está bien.
Representa veinte y cuatro,
aunque tiene treinta y seis.
CLARA. Treinta y cinco.
MARCELO. Treinta y cinco;
es claro: usted nació el...
¿Conque casan nuestros hijos?
¡Jesús! ¡Vaya, vaya! ¿Quién
me lo habia de decir
el dia en que figuré
como testigo de vuestra
boda? Me acuerdo que fué
una boda por amor.
Su papá el brigadier
se oponia, porque el novio
no contaba veinte y tres;
y usted empeñada en ello.
¡Y vaya si salió bien!
Al cabo de diez y siete
años, me los encontré
en la posicion patética,
arrodillado á sus pies...
¿Qué la pedias, bribon?
Si es que se puede saber;
que en el matrimonio hay cosas
reservadas, y no es
justo, ni por soñacion,
el decírselas á quien...

¡Qué felices sois vosotros!
Yo, pobre de mí, enviudé,
y no tengo más consuelo
que llorar á mi mujer.
¡Pobrecita! Se murió
el año cincuenta y tres
de un atracon de pimientos.
¡Si se comió diez y seis!
¡Ay pobrecita! Y ahora,
como no tengo que hacer...
como me encuentro cesante,
¿tú no sabes? renuncié,
y he pedido que me dejen
nombrar sucesor; porque
yo me acordaba de tí,
y me dije: «Para él
que está del mundo cansado,
esto le vendrá muy bien.»

JUAN. ¡Oh! sí.

MARCELO. Sacedon no es mundo
ni tiene nada que ver...
Tengo sesenta mil reales
de renta, con que aunque dé
treinta á mi hijo, quedan treinta,
y puedo vivir muy bien...
A descansar, que soy viejo:
por eso me retiré...
pero la administracion
será tuya de esta vez.
Yo se lo diré al ministro,
y estoy seguro que él...
Mira lo que es; y por poco
no la lleva un don Andrés...
Me le recomendó el jefe
político, y ya se vé...
pero afortunadamente
supe que era un cascabel,
un calavera, un mal hombre,
lleno de vicios y de
malas costumbres; en fin,

no vive con su mujer.
Calcula cómo será.

JUAN. Yo creo que eso no es...

MARCELO. Eso es un crímen atroz,
eso es una avilantez,
un mal marido, es un mal
ciudadano, y puede ser
capáz de todo lo malo;
aunque fuera á mi primer
amigo le retirára
mi cariño como él...
ni consintiera que mi hijo
emparentase con quien
rompe por su gusto un vínculo
que no se puede romper.

JUAN. (¡Ah!)

CLARA. (¡Ah! ¡Pobre Genoveva!)

MARCELO. Si; por eso me alegré
muchísimo de esta boda.
¡Qué demontre! Con el buen
ejemplo que dais vosotros
muy felices han de ser.
¡Vaya! es el matrimonio
una institucion tan... pues...
yo con mi difunta, amigo,
¡qué buenos ratos pasé!
Era lo más cariñosa...
aficionada á comer
con algo de esceso; pero
comia con un aquel...
Cuando ella tenia gana,
yo la tenia tambien.
Era el ejemplo, el ejemplo
el que me animaba y el...
mas no quiero entristecerme
pensando en eso, porque...
¿Qué hay de nuevo por Madrid?
Vosotros me enseñareis...
me llevareis á los Campos
Elíseos, donde hay café,

y teatro, y plaza de toros,
y lagunas que correr,
y fonda y montaña rusa
y cisnes y monos: pues,
yo lo leí en periódico
y dije: «La primer vez
que vaya á Madrid, me marcho
á los Elíseos á ver...»
Yo me quedo aquí: supongo
que de nada estorbaré.
En cualquier cuarto, en cualquiera
yo me he de encontrar muy bien:
con tal de estar siempre juntos,
de contemplaros y de
ver vuestra unidad.

JUAN. ¡Oh! mucho:
¿verdad, vida mia?

CLARA. (¡Eh!
vida mia! Ya... si, por
que no se entere.) ¡Mi bien!
cuánto te amo. (Y es buen mozo.)

JUAN. (Vaya, tiene muy buen ver.)

MARCELO. Así: así, siempre unidos.
Vosotros sí que sois el
tipo del buen matrimonio,
cuando hay tantos otros que...

JUAN. ¡Oh! nosotros...

CLARA. ¡Oh! nosotros...

JUAN. (Yo no sé qué responder.)

MARCELO. ¿Y cómo no teneis más
familia?

JUAN. Porque... porque...
porque no tenemos.

MARCELO. Ya.

JUAN. Porque no tenemos.

MARCELO. Pues.
¡Como yo he tenido tantos!
toma: he tenido seis,
y aun me parecian pocos:
y á no morir mi mujer...

verdad es que ella tenia
buen temperamento y buen....
Una hija sola y se casa;
pero no desespereis,
sois jóvenes todavía
y puede...

JUAN. Sí: puede ser...

ESCENA X.

CLARA, JUAN, MARCELO Y LUIS.

LUIS. ¡Uf! de correr estoy harto.
Está usted servido: traje
ahí todo su equipaje
y lo he metido en un cuarto....
esta caja... (*Dándole una caja.*)

MARCELO. Venga acá.
Eres mozo de provecho:
si acaso no se ha deshecho,
de postre nos servirá.

JUAN. ¿Y qué es eso?

MARCELO. Estas son,
ya verás, están rellenas...
unas rosquillas muy buenas
que se hacen en Sacedon.
Pero ¿y mi nuera? Por Cristo,
¿dónde está la nuera mia?
No la he visto todavía
y siento no haberla visto:
la quiero mucho, aunque ha
de hacerme abuelo, porque
mi hijo es mi hijo, y yo sé
que al fin y al cabo...

ESCENA XI.

CLARA, JUAN, MARCELO, LUIS Y GENOVEVA.

GENOVEVA. Ya está
el almuerzo, don Marcelo...

MARCELO. ¡Hija! Mi dicha es completa. (*Abrazándoles.*)
Aprieta, hija mia, aprieta.
Boquita de caramelo.
¡Anda! y qué crecida y qué...
no me imaginaba yo
que tú estarias... ¡Oh!
es muy parecida á usté.
A ver, anda un poco á ver;
así; derecha, derecha...
no cabe duda, estás hecha
una arrogante mujer.
¡Y cuántas cosas que dices
tan solo con el mirar!
¡qué nietos me vas á dar!
Hija, no te ruborices;
en esto no hay ningun mal:
casarse, natural es;
y tener hijos despues,
no hay nada más natural.

CLARA. ¿Vamos á almorzar?

MARCELO. Sí, vamos.
Dále el brazo á tu mujer: (*A Juan.*)
así, así os quiero ver;
siempre juntitos, ¿estamos?
Tú imita su ejemplo, y (*A Genoveva.*)
como un apoyo seguro
tomas el de tu futuro.
Bien, asi me gusta, así:
asi me gusta, muy bien.
Con la gracia del Señor
vamos hácia el comedor;
que Dios os bendiga, amen.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

JUAN.

¡Uf! no puedo más. ¡Qué esfuerzo
me ha costado contenerme!
Esto vá á hacer que yo enferme...
¡Qué almuerzó, gran Dios, qué almuerzo!
¡Habré tenido que ver,
yo que me estaba muriendo
de puro berrinche, haciendo
finezas á mi mujer!
Yo no estaba de ese humor,
pero don Marcelo quiso...
Y sabia bien el guiso
casero; bien, sí señor.
Come uno, y no se embaraza
con esa inquietud tan honda...
más que en la fonda; en la fonda,
allí á fuerza de mostaza...
Y es cara: yo pago treinta
reales por estar allí
sin nada de ropa, y
nunca me sale la cuenta.

¡Toma! y que nada dá abasto
á mi romper; y la hucha...
Estando soltero, es mucha
la ropa blanca que gasto.
No gastaba la mitad
estando casado, á fé:
pero soy libre... y ¿de qué
me sirve la libertad?
Yo no digo necedades
á las hembras por ahí...
en fin, yo soy libre y
no me tomo libertades.
El deseo no me abrasa
de ir á buscar la mujer:
no comprendo ese placer.
Cuando la tiene uno en casa,
bien; pero irlas á buscar,
y hacerlas la corte, y
hacer el oso... y á mí
que no me gusta el andar...
Tengo echado mi quinquenio,
tengo mi quinquenio echado:
yo nací para casado,
mucho; pero tiene un génio ..
¡Génio, génio! Tambien yo
tengo génio... por acá:
y ella está muy guapa... ¡ah!
pero tiene un génio .. ¡oh!
Muy guapa: tiene una tez
tan fresca y unos extremos
tan bonitos... ¿Apostemos
que me enamoro otra vez?

(*Sale un criado con servicio de café y lo coloca sobre un mueble.*)

¡Calla! ¿qué es esto? ¿El café
ha de ser aquí servido?
Me pesa lo que he comido
y me viene bien, porque...
Aquí están: esto es cruel;
finjo y me muero de tédio...

En fin, no hay otro remedio;
prosigamos mi papel.

ESCENA II.

JUAN, CLARA, D. MARCELO, GENOVEVA Y LUIS.

JUAN. ¿Aquí estais ya?
MARCELO. Sí: sentémonos.
Para tomar buen café
no hay como hacerle uno en casa:
es mucho mejor que el...
Echan dos mil porquerias:
aquí se sabe y se vé
que es solo moka, y ¡qué moka!
¡Caramba, sabe muy bien!
GENOVEVA. Toma azúcar. (*Poniendo á Luis.*)
LUIS. Si ya está
muy dulce.
GENOVEVA. Bueno, que esté;
por mucho azúcar no es malo;
todo lo contrario, es...
LUIS. ¡Bendita mano! (*Besándosela.*)
GENOVEVA. Quietito:
mira que lo pueden ver
LUIS. ¿No eres mi esposa?
GENOVEVA. Sí; pero
áun no lo soy, y ya ves...
MARCELO. Y está uno perfectamente
al lado de su mujer,
diciéndola... ¿Qué la dices?
JUAN. Yo nada: la digo que...
que hay que comprar muchas cosas
y para eso es menester...
Y no te lleves dinero,
llévate todo el papel;
así se cambia, y se escusa
uno de ir al Banco y de....

CLARA. Bien.
LUIS. ¿Y vá usted á salir
sola? Yo acompañaré...
CLARA. Gracias.
MARCELO. Por supuesto. ¿Y tú? (A *Juan.*)
JUAN. ¿Eh? ¿cómo? ¿yo?
MARCELO. Tú tambien.
JUAN. (Si sabe todo Madrid
que estoy separado y que...
¡Maldito! Buena rechifla
voy á llevar si me ven.)
MARCELO. ¿Qué tienes?
JUAN. No tengo nada.
Es que la alegría... y... pues...
MARCELO. Justamente: así será á
gusto de ambos el *glacé.*
Y nadie la dirá cosas
por la calle, porque en
yendo con dos hombres... digo
que por el bien parecer...
CLARA. Dáme mi sombrero.
GENOVEVA. Toma. (*Dándosele.*)
CLARA. Y tambien mi abrigo.
GENOVEVA. Ten.
MARCELO. Tú la das el brazo.
JUAN. ¿Así?
MARCELO. Así mismito, eso es.
Y en paz y en gracia de Dios
os marchais al almacen.
JUAN. (Estoy divertido.) ¿Vamos?
CLARA. Cuando tú quieras.
MARCELO. Muy bien
Así, asi, siempre juntitos.
¿Qué tienes?
JUAN. ¿Yo? La... la... hiel...
(Ojalá que cieguen todos
los que transiten, porque...)
LUIS. Adios, bien mio.
GENOVEVA. Hasta luego.
MARCELO. Que ustedes lo pasen bien.

ESCENA III.

MARCELO, GENOVEVA.

MARCELO. Ea, ya están embarcados
á las tiendas: no dirás
que no me tomo interés
cuando te vas á casar.

GENOVEVA. Ciertamente: usté es muy bueno,
lo más complaciente y más...
le juro á usté que este enlace
hace mi felicidad.
Porque Luis es tan amable,
tan cumplido, tan galan...
y ocurrente; si se burla,
á veces tiene una sal...
Yo le quiero mucho, mucho;
y él me quiere á mí: jamás
encontramos diferencia
en el modo de pensar;
y siendo así de casados,
es una felicidad.
Pero yo soy loca: usted
necesita descansar.
Aquel es su cuarto. (*A la izquierda.*)

MARCELO. Bueno:
y muy bien que me vendrá;
porque hasta Guadalajara
que tuve que cabalgar...
y luego el ferro-carril
que me ha traido hasta acá...
Estoy muy cansado y muy...
no sé si será la edad.

GENOVEVA. Pues le dejo á usté solito:
y nada, nada, á roncar
y cuando sea la hora
de comer, se avisará.

MARCELO. Muy bien. Adios, hija mia.

¡Caramba, qué guapa está!
si mi hijo no fuera mi hijo,
le tendria por rival.

ESCENA IV.

MARCELO.

Pues señor, perfectamente,
mi hijo se casa con ella;
y es muy amable y muy bella,
y sobre todo inocente.
A él el amor no le deja
y á ella la aguija el deseo...
con que casándolos... creo
que harán muy buena pareja.

(*Entra un criado con un* necessaire *que coloca sobre una consola.*)

¡Eh! ¿qué es eso?

CRIADO. Un *necessaire*
que han traido á la señora:
aquí lo han dejado ahora. (*Vase.*)

MARCELO. ¿Y qué es eso? á ver, á ver.
Esta lámina retrata (*Mirando las piezas.*)
una escena de los godos...
es un *necessaire*, con todos
los chirimbolos de plata.
Y un papel... la cuenta: ya (*Sacándola del* ne-
que le ha enviado el comerciante, cessaire.)
querrá la cuenta al instante.
Veamos qué costará.
Aunque su valor aumenta
de plata el estraordinario...
«Yo la amo á usted.» ¡Eh! canario,
pues esta ya es otra cuenta.
»Ameme usted y verá
»lo que es un hombre.» Ya, sí.
«Si se fía usted de mí,
»juro no la pesará.

»Y no tenga usted ningun
»reparo.» ¡Vaya un reparo!
«Diga usted que me ama, claro:
»Su esposo de usted es un...»
¡Pobre Juan! Pues esto es grave.
Y él que está tan confiado,
sigue tan enamorado.
¡Toma! como nada sabe...
pero lo debe saber:
aunque le ponga en un potro,
no consentiré que otro
le camele su mujer.
Yo le avisaré, á fé mia,
y lo haré como lo digo...
Este será algun amigo,
amigo de los del dia.
Un amigo... y se la pega
sin migaja de aprension...
«Esta es mi declaracion
primera.—Cárlos Ortega.»
Enhorabuena; esta es
la vez primera y no ha...
¡Pobrecillo! ahora estará
mirando medir barés,
y sin sospechar siquiera
que su amigo... que su amigo...
¡Qué diablo, yo se lo digo,
salga el sol por Antequera!

ESCENA V.

JUAN, CLARA, MARCELO.

JUAN. ¡Uf! ¡qué modo de llover!
¡Caramba!
MARCELO. ¿Qué?
JUAN. Está cayendo
de una manera que ya;
pero un chaparron tremendo.

MARCELO. Y es verdad. (*Mirando por el balcon.*)
JUAN. ¿Que si lo es,
y me he puesto como nuevo?
CLARA. Pues yo por tapar la compra,
como descubria el cuerpo...
nos fuimos al almacen
de ahí al lado: regateo,
compro este vestido, y no
bien salimos, cuando el cielo
parece que se desgaja;
volvemos aquí corriendo
arrimados á la tapia
mucho, y con todo y con eso...
¿En dónde está Genoveva?
MARCELO. Creo que está por adentro.
CLARA. Voy á enseñarla el vestido:
tiene un gusto tan nuevo;
mire usté. ¡Oh! y es muy ancho:
veinte varas corte. Creo
que le gustará.
MARCELO. Sí, sí.
Tengo que hablarte en secreto. (*Aparte á Juan.*)
¿Y mi hijo?
JUAN. Buscando un coche
anda, que bebe los vientos.
Pero hallarle es lo difícil:
y aunque le encuentre, ya hemos
llegado aquí.
CLARA. Pues yo voy
á enseñar...
MARCELO. Sí, sí, corriendo.
Quédate, tengo que hablarte. (*Aparte á Juan.*)
JUAN. ¿Que hablarme á mí?
CLARA. Hasta luego.

ESCENA VI.

JUAN, MARCELO.

JUAN. Ea pues, ya estamos solos:
desembúcha de ese pecho
lo que quieras, y la causa
dime de que estés tan sério.
MARCELO. Hay motivos.
JUAN. ¿Hay motivos?
Motivos que no comprendo.
MARCELO. ¿Qué amigos tienes?
JUAN. ¿Amigos?
Lo que es amigos, no tengo
ninguno: uno que tenia
vino á pedirme dinero
prestado, y es mi deudor,
no mi amigo.
MARCELO. Ya lo entiendo.
Pero D. Cárlos Ortega...
JUAN. No conozco á ese sugeto.
MARCELO. ¿Quieres mucho á tu mujer?
JUAN. ¡Qué pregunta! Si la quiero:
muchísimo, mucho, mucho...
MARCELO. ¿Y estás seguro de?...
JUAN. ¡Cuerno!
A ver, baraja redondo:
háblame claro, no entiendo...
MARCELO. Nada: hay moros en la costa.
JUAN. ¿Moros?
MARCELO. O cristianos viejos,
que quieren... en fin, que quieren...
ya debes tú suponerlo.
JUAN. ¡Y la infame me lo calla!
MARCELO. Está ignorante de ello.
Estando aquí, hace muy poco
un *necessaire* la trajeron
y en él una carta.
JUAN. ¡Ah!
MARCELO. Toma (*Dándosela.*)

y sé muy prudente: en estos
casos, la prudencia es
casi el único remedio.
Ahí verás; ella no sabe
nada; es el primer esfuerzo
que hace para declararse
ese hombre. ¡Hombre perverso!
Desunir un matrimonio
tan unido... Hasta luego.
Voy con ellas, no sospechen
que estamos los dos de acnerdo.

ESCENA VII.

JUAN.

Pues señor, con esta carta
yo debo ganar el juego.
«Moros en la costa,» dijo,
¡Mal hayan los sarracenos!
¡Una carta á mi mujer!
No habia yo dado en eso.....
Sí, mi mujer es muy guapa
y puede inspirar deseos.....
Leamos. «Yo la amo á usted.»
Y se vá al bulto derecho.
«Su esposo de usted es un ..»
¿Qué seré yo? ¡Santo cielo!
«Esta es mi declaracion
primera.» Yo lo celebro.
«Carlos Ortega.» Este mozo
tiene un descaro estupendo.
No se contenta con poco;
á ella la dice requiebros
y á mí... puntos suspensivos.
¿Y qué puntos serán estos?
Yo soy un imbécil, sí,
porque abandonada tengo
una mujer, ¡qué mujer!
con unos ojos y un pelo..

Está muy bonita, mucho,
mucho; pero tiene un génio...
tiene un génio... y yo tambien
la verdad es que no puedo
contenerme, y en soltando
la palabra, ya hay que hacerlo,
aunque sea lo que digo
un disparate estupendo.
¿Quién será Cárlos Ortega?
¿Algun pollo maquiavélico
ó algun gallo sapientísimo?
Sí, lo más seguro es eso.
Un pollo no miraría
nada á la mamá, teniendo
aquí á mi hija Genoveva,
que es una perla, un lucero.
«Su esposo de usted es un...»
Bien puede ser un... camello
que la tiene abandonada
y se anda por ahí haciendo
vida de soltero, pues;
digo, vida de soltero,
menos las conquistas: yo...
yo no conquisto ni anhelo...
¡Cárlos Ortega! ¿Quién es
ese Cárlos? ¡Oh! yo quiero
conocerle, confundirle,
estrujarle como á esto.
(*Arrugando la carta entra D. Cárlos.*)
¿Quién es? ¡Ah! algun amigo
de mi mujer. Estoy bello
para recibir visitas,
y estoy echando veneno.

ESCENA VIII.

JUAN, CÁRLOS.

CÁRLOS. (Ya debe haber recibido
mi carta: vamos á ver

qué contesta esta mujer
á mi amoroso cumplido.
¡Calla! Ahí está un importuno:
su visita me hace daño,
que delante de un estraño
no puede esplicarse uno...)

JUAN. (La política maldita
me obliga...) Siéntese usté.

CÁRLOS. Mil gracias. Me sentaré.

JUAN. Con confianza.

CÁRLOS. (Y me invita.
¡Caramba! Pero, señor,
¿dónde andará la señora?)

JUAN. Hace mucho frío ahora.

CÁRLOS. Es cierto: no hace calor.
(Buena noticia; y está
helando.) Mas la señora
de la casa...

JUAN. Anda ahora
ocupada; ya saldrá.

CÁRLOS. Pues no es justo, no señor,
que deje el quehacer por mí:
yo soy de la casa.

JUAN. ¿Sí?

CÁRLOS. ¡Vaya! su procurador.

JUAN. (¿Qué necesidad tenia
ella de procuradores?
Y digo, que estos señores
con su procuraduria...)
Hombre, á mí no se me alcanza
cómo á verle no salió
en anunciándole...

CÁRLOS. ¡Oh!
me trata con confianza.
Y ahora andará por ahí...
Y eso bien claro se esplica,
porque se casa la chica.
¿No lo sabe usted?

JUAN. Yo... Sí.

CÁRLOS. Y se casa y hace mal:

yo estoy con hombres sesudos
que es el peor de los nudos
el nudo matrimonial.
Sujetar la voluntad
á otra voluntad más fuerte...
ese es un yugo de muerte.
Y perder su libertad,
estar metida en su nido,
ese es todo su recreo;
y no salir á paseo
si no sale su marido,
y si el marido se escama
jurar por cien Crucifijos...
Criarlos, si tiene hijos,
y si no sufrir al ama;
y renunciar desde luego
de divertirse al afan,
pelar la pava con Juan,
bailar la polka con Diego,
no ir á bailes si él no vá.
No tiene, en fin, la mujer,
de casada otro placer
sino estar donde él está.
Y esto estando bueno; pero
si está enfermo, en tal estado
hay que enmendar de casado
travesuras de soltero.
Vamos, yo no tengo calma
para tanto padecer,
y si yo fuera mujer
me enterrarian con palma.

JUAN. Pero eso es exagerar
las cosas, y no convengo...
francamente, yo no tengo
ese modo de pensar.
La mujer no puede ser
ni médico, ni togado,
ni militar, ni abogado,
porque ha nacido mujer.
Y la sociedad entera

se burla si se propasa...
¿Qué hace la mujer? Se casa
y concluye su carrera.
Si es amable, cariñosa,
y se hace querer despues
de su marido, si es,
en fin, una buena esposa,
trae la felicidad,
y con tan dulce cosecha,
créame usted, no se echa
de ménos la libertad.
Sin la mujer no hay placer
y yo bendigo sus nombres;
no es que aborrezca á los hombres,
pero adoro á la mujer.

CÁRLOS. A mí tambien me enajena
el no encontrármela adusta...
Si á mí la mujer me gusta...
si la mujer es muy buena.
Si soy tan afortunado
que se distrae un esposo ..
yo no soy meticuloso.

JUAN. ¡Pues me gusta el desenfado!
Eso es inmoral.

CÁRLOS. Sí tal;
pero aunque yo asi me esplico,
soy un escelente chico,
por mas que sea inmoral.
¿Usted es casado?

JUAN. ¿Yo?
Sí, señor.

CÁRLOS. Pues me arrepiento
de haber hecho un argumento ..
tan... en fin puede que no...
Hay peligros, mas cortarlos
es forzóso, y si el que juega ..
á fé de Cárlos Ortega...

JUAN. ¿Cómo? ¿Usté es Ortega? ¿Cárlos?

CÁRLOS. Sí, señor: yo soy... Yo mismo.
Pero ¿á qué tanto interés

en que yo sea?

JUAN. (Él es,
voy á romperle el bautismo)
¿Piensa usted, cara de mono...

CÁRLOS. ¿Eh? ¿cara de mono? ¿qué?
¿qué dice usted?

JUAN. No lo sé:
me enfado, y no perdono.
¿Piensa usted que yo estaré
mamándome siempre el dedo?
¿piensa usted que yo no puedo?...

CÁRLOS. Y ¿qué me importa de usté?

JUAN. ¿Con que usted hace la corte
aquí á una mujer casada?
¿Y no le importa á usted nada?
Pues yo le haré que le importe.
D.ª Clara...

CÁRLOS. (Ha conocido
la pretension que aquí traigo.
¿Quién podrá ser? ¡Ah! ya caigo:
un amigo del marido.
Me conviene indisponerle.)
¿Conoce usted á su esposo?

JUAN. ¿Y usted?

CÁRLOS. Mucho. Es peligroso
solamente conocerle.

JUAN. ¡Voto á tal!...

CÁRLOS. Es un señor
que causa muchos perjuicios,
una sentina de vicios...
libertino, jugador;
y sobre el tapete verde
echa el albur... el canalla:
gana porque siempre talla;
el que apunta siempre pierde.

JUAN. Mas no para hacerse rico,
ni tanto como parece:
en todo este año trece...
trece mil reales y pico.

CÁRLOS. Mucho sabe usted.

JUAN. Yo sé
bien las cuentas, porque al fin...
Y usted es un galopin.

CÁRLOS. Yo ¿por qué?

JUAN. Porque... porque...
porque es usted el emblema
del descaro, y no se pára...
y porque mirando á Clara
usted quiere ser la yema.
Pero eso es una entrúchada
infernal, y yo me atrevo...
yo estoy aquí, rompo el huevo,
y ya ni hay yema ni hay nada.
Esta carta... (*Enseñándosela.*)

CÁRLOS. ¿Cómo, cómo?

JUAN. Es de usted; pero Dios quiso...

CÁRLOS. ¿Quién le ha dado á usted permiso?...

JUAN. ¿Cómo quién? Yo me le tomo.
Esta carta abierta está,
yo la he visto, y la he cojido,
porque yo soy el marido,
yo soy el marido.

CÁRLOS. ¡Ah!
Yo me abismo.

JUAN. ¿Usted se abisma?
¡Ah grandísimo galopo!
Yo soy el marido, y copo,
y le rompo á usted la crisma.

CÁRLOS. Perdone usted; este paso
es culpable, caballero.
Yo soy responsable... pero
como usted no hacía caso...
yo dije: «Vamos allá,
es terreno conocido;
cuando la deja el marido
alguna maca tendrá.»

JUAN. Y bien; ¿y qué? ¿y qué saca
de todo eso en su favor?
¡Una maca! No señor,
no tiene ninguna maca.

Y yo ya no tengo calma
para sufrir...

CÁRLOS. Caballero,
¿qué quiere usted?

JUAN. Lo que quiero,
es romperle á usted el alma.
Vamos pronto, que aquí estamos
de más, y en otro terreno
le diré á usted lo que es bueno.

CÁRLOS. Pero escuche usted, yo...

JUAN. Vamos.

ESCENA IX.

JUAN, MARCELO, CÁRLOS.

MARCELO. ¿Dónde van ustedes tan
sofocados? ¡Voto á brios!

JUAN. Ese es D. Cárlos Ortega.

MARCELO. ¿Cómo? ¿El señor, el señor
es Ortega, es D. Cárlos?
El pícaro que escribió...

CÁRLOS. (Pues señor, no he visto autógrafo
que sea más corredor.)

MARCELO. ¿Con qué es usted? ¿es usted?
¿Es usted el señor don
Cárlos Ortega?

CÁRLOS. Yo... Sí.

MARCELO. ¿Cómo tiene usted valor
para venir á esta casa,
profanar esta mansion
con sus proyectos?

CÁRLOS. Yo vengo...
yo vengo aquí porque soy...
porque yo soy...

MARCELO. Un infame;
un infame, sí señor.
Atreverse á escribir cartas
declarando su pasion

á una mujer que es casada
con un marido tan... ¡Oh!
aseguro á usted que eso
no tiene perdon de Dios.
¿Y tú querias batirte
con él? ¿Eh? No, no señor;
no merece tal contrario
un hombre que es tan atroz,
tan cobarde.

CÁRLOS. ¿Yo cobarde?
¡Ah! como no fuera por
el respeto de esas canas,
le probaria que yo...

MARCELO. ¿Qué me probaria usted,
que es usted un tirador
de sable ó de florete?
Pero yo tengo razon:
es cobarde, muy cobarde
andar haciendo el moscon
á una mujer, á escondidas
de su marido. ¡Qué horror!
El amante está á las sobras
de lo que el otro dejó.
Pues qué, ¿se le oculta á usted
por ventura, que ellos son
marido y mujer? No tal:
hay que emplear la ficcion;
y cada caricia suya
es para usté un torcedor.
Y los celos... y los celos
son un tormento feroz.
Y luego el remordimiento...
no me diga usted que nó:
como que usted no obra bien,
tiene siempre un escozor...
y aun si hubiera usté escojido
otra cosa, ¡anda con Dios!
pero ir á un matrimonio
tan unido, que... que son
Abelardo y Eloisa.

CÁRLOS. ¿Qué, qué dice usted?
JUAN. (Adios,
vá á descubrirse ..) Marchemos
CÁRLOS. ¿Abelardo?... No, señor;
pues si el señor vive solo
en la fonda de la Union.
MARCELO. ¿Sin su mujer?
CÁRLOS. Justo: sin
su mujer. Por eso yo...
MARCELO. ¿Con que usté es un libertino
y tú eres un bribon?
JUAN. Escúchame.
MARCELO. ¡Santo cielo!
¿dónde me he metido yo?
¿Yo que os creia el *non plus*
de la paz y del amor,
salimos con que uno está
en Pekin y otro en Tolon?

ESCENA X.

JUAN, MARCELO, CÁRLOS, GENOVEVA.

GENOVEVA. Papá, ¡ah! (*Deteniéndose en el foro.*)
MARCELO. Eso es muy fuerte;
eso es un crímen atroz:
abandonar su mujer...
JUAN. Pero escúchame; yo no...
MARCELO. Y engañarme como á un chino,
finjiendo tanta pasion
y finezas en la mesa,
y finezas en el... ¡Oh!
¡Cómo me engañaban! Claro;
puestos de acuerdo los dos...
Pero ya que el desengaño
tan oportuno llegó,
ni hay boda ni soy amigo.

GENOVEVA. ¡Ah!
MARCELO. No hay boda, no señor.
GENOVEVA. ¡Cielos, yo muero! (*Desmayándose.*)
JUAN. ¡Hija mia!
Oyó la conversacion.
¡Se ha desmayado!... ¡Socorro!...
Vaya á buscar un doctor.
MARCELO. Búsquele el diablo.
JUAN. No vuelve.

ESCENA XI.

JUAN, MARCELO, CLARA, GENOVEVA Y CÁRLOS.

CLARA. ¿Qué es esto, qué desazon?...
¡Hija mia!
JUAN. Desmayada por mi culpa; ¡Voto á brios!
MARCELO. Usted tambien me engañaba,
tambien era del *complot;*
pero ya sé yo que vive
usted en separacion,
sin respeto á la moral
y á los... pues, y á las... y á los...

ESCENA XII.

JUAN, MARCELO, CLARA, CÁRLOS, GENOVEVA Y LUIS.

LUIS. Ya estoy aquí: llego...
MARCELO. Sí,
llegas á buena ocasion.
No te casas.
LUIS. ¿Cómo qué?
MARCELO. Porque eres menor de edad,
y porque es mi voluntad
que no te cases; y haré...

Yo para estos asuntos
hablaré con abogados...
Sabe que están separados,
sabe que no viven juntos.

LUIS. ¡Genoveva! (*Yendo á ella.*)

MARCELO. Cuida, sí,
cuida de tu dulce Elena;
aunque viva y esté buena,
nunca será para tí.
Lo dicho: y sin alboroto,
lo repito, y vá de veras:
entre nosotros, ¿te enteras? (*A Juan.*)
todo pacto queda roto;
y puesto que en un Belen
me enredaron tan amargo,
rompo la cuerda y me largo.
Que ustedes lo pasen bien.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LUIS.

Veremos qué tal el lance:
á mí, yo no sé por qué
figurándoseme está
que le he de arrimar á él...
Sí: yo tengo mucha fuerza;
y en cuanto que caiga en
guardia, voy hácia delante
sin descubrir mucho el pié,
y zis... zas... le doy un corte;
y agarrando el sable bien...
¡Qué empeñado estaba el hombre
en que no queria hacer
la cuestion mia! Mas yo,
por lo pronto le aticé...
y respondió, claro está,
¿no habia de responder?
¡Atreverse á dirijir
amores de ese jaez
á quien es de Genoveva
la madre. Yo le diré...

Y si él me pega á mí, entonces
me curaré, y otra vez...
Genoveva me dá alientos
para lidiar y vencer.
¡Genoveva, Genoveva,
bendígala Dios, amen!
Con aquella frente blanca,
y la boquita de miel,
y el mirar tan espresivo...
Vamos, soy capaz de hacer...
Aunque mi padre no quiera,
yo la quiero y la querré,
que al fin y al cabo yo soy
el que se casa, no él;
y si él no dá la licencia,
aunque muy mal visto esté,
me saco por el Vicario,
y me caso con la que
adoro; porque la adoro.
Si yo la pudiera ver;
si la viera, la diria
solo dos palabras: «Ven.
Si me amas cual yo te amo,
fuera de rubor y de
tonterías, y á casarnos.
Cuando seas mi mujer
puedes intentar la paz.»
Y estoy seguro de que...
Ella viene, soy feliz
desde la frente á los pies.

ESCENA II.

GENOVEVA, LUIS.

GENOVEVA. ¿Aquí Luis?
LUIS. Sí, Luis, el mismo,
que te ama y te adora, y que...
¿Tú me quieres?
GENOVEVA. ¿Si te quiero?

Mucho, muchísimo.

LUIS. Pues
ahora es necesario obrar
aunque se arme un somatén.
Mi padre, que es lo más terco
que crió el Dios de Israel,
se ha empeñado en que no se haga
nuestra boda. Es menester,
muy contra su voluntad,
que se verifique y que...
Que tu papá y tu mamá
no viven juntos, ¿y qué?
Que no vivan juntos; eso
no tiene nada que ver
con nosotros, que queremos
estar siempre juntos... pues;
pero hay un gobernador
en la provincia, y á fé
que le ha de poner las peras
á cuarto, á ver si él...
Tú vas á verle.

GENOVEVA. ¿Yo?

LUIS. Sí.
Le dices: «Vengo á tener
con usía una entrevista
que necesaria me es.
Fulano de tal, mi nombre,
me ama desde mi niñez;
quiere casarse conmigo
por siempre jamás amen;
pero su padre le pone
siempre una cara de juez,
y dice siempre que no
le da su permiso. A ver,
determine usía pronto
que posesion se me dé
del don Fulano de tal...»
Y das mi nombre tambien.
Entonces él toma un coche,
por no conducirme á pié,

y me saca de mi casa
y me deposita en
una casa honrada; y luego
nos casamos... eso es:
y más que rabie mi padre
y se le lleve Luzbel;
y yo seré tu marido
y tú serás mi mujer.
¿Te parece bien?

GENOVEVA. Sí, sí.
Pero eso de ir yo á él...
¿Por qué se opondrá tu padre?
¡Vaya que es mucha chochez!
Hace poco me encontraba
esposa digna de un rey,
y ahora...

LUIS. Hija, él es muy moral,
y como tus padres... pues,
temerá que el mal ejemplo
me contagiase tal vez...

GENOVEVA. Mis padres... cierto, mis padres...
Pero, ¡Dios mio! ¿por qué
están así? Al contrario,
podian vivir tan bien...
¡Y teniendo una hija! Vamos,
yo no puedo comprender...

LUIS. Volveré á verte, bien mio;
volveré, si salgo bien.

GENOVEVA. ¿Si sales bien? ¡Cielo santo!
¿dónde te vas á meter?

LUIS. En ninguna parte, hija:
no te asustes; si no que...
Si no vengo, es que estoy malo.
Todo puede suceder...
No temas nada, bien mio;
tú ten buen ánimo y ten...
Ninguno me ha visto entrar:
abrió y se marchó Miguel
y yo entré; con eso evito
de ver á tu mamá y de...

Adios. (La hora del lance: (*Mirando el reloj.*)
ahora veremos á ver.)

GENOVEVA. Adios, y que vuelvas.

LUIS. Sí:
de fijo que volveré,
si no me lo impide el otro.

GENOVEVA. ¿El otro? ¿Qué otro; quién?

LUIS. Nadie. Adios, hermosa mia,
y valor.

GENOVEVA. Dios me le dé.

ESCENA III.

GENOVEVA.

Parece que está aturdido
y que tiene un no sé qué...
¡El pobre Luis es tan bueno!
Voy á ser feliz con él.
Pero ir al gobernador
á presentarme, y tener
que decirle: «Tengo amores,»
me causa vergüenza y me...
¿Qué necesidad habia
de armar todo ese belen
para casarnos? Ninguna.
Su padre no quiere... pues,
porque mis padres... ¡Dios mio!
¿Por qué están así, por qué?
¿Ha habido falta ninguna
para que motiven el?...
Pues entonces, yo, Señor,
no lo puedo comprender.
Luego D. Marcelo... Vaya,
que D. Marcelo tambien...
un viejo más testarudo
y más... ¡Dios mio! no sé
ni lo que debo pensar
ni lo que debo de hacer.

ESCENA IV.

GENOVEVA Y JUAN.

JUAN. ¿Estás sola? ¿Y tú mamá?
GENOVEVA. Estará por allá dentro.
Cuando volví en mí, estaba
á mi lado; pero luego
se fué llorando.
JUAN. ¿Llorando?
(¿Habrá tenido algun vértigo
de rabia?) ¿Conque lloraba?
No hay motivo para ello.
GENOVEVA. ¡Y que tú tengas valor,
Jesus, para decir eso!
Pues ¿y mi boda? mi boda,
mi boda, que se ha deshecho,
¿no es suficiente motivo?
JUAN. Sí que es muy sensible, pero
ya te consolarás.
GENOVEVA. Nunca:
le quiero con un afecto...
mi vida es suya, porque
yo mi vida se la debo.
Ojalá no la debiera,
ojalá me hubiera muerto
sin conocer... sin saber...
no sabiéndolo, á lo ménos
es uno feliz; pero ahora...
Mire usted que es mucho cuento.
JUAN. Vamos, no llores y anda,
avisa á mamá, que tengo
que hablarla.
GENOVEVA. Voy al instante.
Pero, señor...
JUAN. No hay más pero.
GENOVEVA. ¿Por qué eres así?
JUAN. ¿Yo?
GENOVEVA. Sí.

¿Por qué eres así... tan terco?
Pudiendo ser tan feliz
con mi marido, y pudiendo...

JUAN. Hija, la culpa no es mía;
la culpa es de D. Marcelo
que no quiere...

GENOVEVA. Es tuya.

JUAN. ¿Cómo?
¿Cómo, por qué?

GENOVEVA. Yo me entiendo.

JUAN. Pues yo no. Avisa á mamá
que tengo que hablarla; quiero
saber... y enjuga esos ojos:
esos ojos son muy bellos
para llorar, hija mia;
y si hubiera algun remedio,
aun á costa de mi vida
te lo diera.

GENOVEVA. Voy corriendo.

JUAN. ¿Sin abrazarme?

GENOVEVA. ¿Lo ves? (*Abrazándole.*)
Si sin querer eres bueno.

ESCENA V.

JUAN.

¡Ay! ese abrazo, ese abrazo
hace en mí un estraño efecto.
¡Pobre muchacha! Ella es víctima
mia; pero qué remedio;
D. Marcelo ya no quiere...
y vaya usté á D. Marcelo
á convencerle; él que es
perfecto... plusquamperfecto.
Ni cómo ni dónde hallarle,
si se fué por esos cerros...
¿Y mi mujer? ¿mi mujer
pondria los ojos tiernos

á ese títere? Porque
para atreverse él á eso...
¡Oh! yo lo averiguaré,
y siendo así, no hay remedio,
le rompo el alma. ¡Dios mio!
tengo... no sé lo que tengo.
Iba ya todo tan bien,
y haberse todo deshecho
por ese trasto .. Esta carta (*Sacándola.*)
quema como plomo hirviendo.
¿La habrá escrito por probar,
ó era que sabia el éxito?...
El es audaz, eso sí:
es muy audaz, y muy feo,
comparándose conmigo;
mas como yo estoy soltero...
como no vivo á su lado,
dirá ella:—Del mal el menos.—
«Su esposo de usted es un...»
¿Qué demonio será esto?
Estos puntos suspensivos
me tienen á mí suspenso.
Yo veré con maña, hablándola
como quien no quiere, suelto
el nombre, y como se ponga
encarnada... ¡Santo cielo!
Estoy celoso; sí, sí;
debo estar lo más horrendo...
«Su esposo de usted es un...»
No puedo avenirme á esto.
Que á ella la requiebre, pase;
pero no inventar dicterios
contra mí, que al fin y al cabo...
Aquí está ya; preparémonos.
Como le quiera, ¡paf!
no hay más remision, le pego...

ESCENA VI.

CLARA, JUAN.

CLARA. Genoveva me anunció
que usted hablarme queria.
JUAN. ¿Yo? Sí, señora: tenia
que hablar á usted; porque yo...
(Vamos... así... me entra un frio...)
Ha dicho bien Genoveva;
ese vestido que lleva
es muy conocido mio.
Fuí por él al almacen,
le midieron vara á vara...
Hace á usted muy buena cara,
¡oh! la sienta á usted muy bien.
Esto no es decir que
esté de belleza ajena;
quien tiene una cara buena
no necesita *glacé*.
CLARA. Muchas gracias: á fé mia,
no recordaba...
JUAN. Yo sí:
y está usted muy guapa y muy...
CLARA. ¡Qué galante está hoy el dia!
JUAN. ¡Oh! nada de eso: soy justo
y á mí me hago la merced,
porque al escojerla á usted,
prueba que tuve buen gusto.
Solo el génio...
CLARA. No empecemos
con el génio. ¡Esto es cruel!
Déjelo usted, que por él
ya separados nos vemos.
Tengo el génio pronto... sí...
tambien el de usted es pronto;
tambien... no se haga usté el tonto.
JUAN. ¿Qué puede decir de mí?

CLARA. Que no tiene usted espera,
y porque tardaba un dia
la comida, y ya venia,
me rompió usted la sopera.
Su cólera, viento en popa,
estragos hacía, y...

JUAN. Hija, el mal fué para mí,
que me quedé sin la sopa.
¿Y usted? Porque el velo al pelo
se enganchaba, sin tardanza,
usted, no se anduvo en chanza,
hizo pedazos el velo.
No es justo que se me ultraje
así; ¿se acuerda usted?

CLARA. Sí:
lo hice, pero lo sentí.

JUAN. Yo tambien: era de encaje.
Pero la cuestion no es esa;
esto es una digresion.

CLARA. Pues bien: ¿cuál es la cuestion?

JUAN. Vamos á lo que interesa.
Yo tengo asuntos acá,
para los que es menester...
Vamos, yo no puedo ver
el papel sellado y la...
y mirar si está mejor
la sentencia que el escrito...
en fin, que yo necesito
un... pues... un procurador.
¿Sabe usted de alguno?

CLARA. Sí:
y es muy leal, diligente,
y sirve perfectamente...
me está ahora sirviendo á mí.

JUAN. (Esto vá malo.) ¿Con que
es diligente?

CLARA. Sí, mucho:
vaya si lo es...

JUAN. (¡Qué escucho!)
¿Conque ahora la sirve á usté?

CLARA. Cárlos Ortega: no creo
que se le olvide á usted.
JUAN. ¿Yo?
¿Es uno muy feo?...
CLARA. No:
no tiene nada de feo.
Tiene, al contrario, un mirar
de ojos, muy halagüeño;
y es risueño, muy risueño...
JUAN. (Vamos, le voy á matar.)
CLARA. Y es muy galante; bastante:
siempre está de buen humor;
para ser procurador
es un hombre muy galante.
Mis negocios asegura
muy bien, procediendo así,
y procurando por mí...
JUAN. (Ya sé yo lo que procura.)
CLARA. Mas ¿qué tiene usted? Está
usted tan pálido...
JUAN. Cierto.
CLARA. Tan pálido como un muerto.
JUAN. Pues yo no sé; será la...
será la bílis: á fé
que descubierto el busilis
tengo muchísima bílis.
CLARA. ¿Tiene usted bílis? ¿Por qué?
JUAN. ¿Por qué? Por que es un error
el tener una fé ciega...
¿Conque don Cárlos Ortega
no es muy feo?
CLARA. No, señor.
JUAN. Pues yo digo á usted que sí,
aunque la sea simpático;
feo, tonto y antipático,
eso me parece á mí.
¡Oh! descuide usted, que presto,
presto le andaré en el bulto...
CLARA. ¡Usted le insulta!
JUAN. Le insulto;

sí señora, le detesto.

CLARA. ¿Y por qué tan despiadado?
Yo ni siquiera sabia
ni que usted le conocia.

JUAN. Le conozco demasiado.
¡Hola! ¡Eh! ¿Con que es galante?
¿galante? De eso se infiere...
¿No la ha dicho á usted que quiere
ser su amante?

CLARA. ¿Ser mi amante?
¿Y para qué?

JUAN. Para estar
él muy bien... y para... para...
para que, en fin... Vamos, Clara,
que voy á desatinar.
Escribió una carta...

CLARA. ¿A mí,
á mí una carta?

JUAN. Sí tal:
en que pide muy formal...
aquí la tiene usté, aquí. (*Dándosela.*)
Diga usted si tengo harta
razon para querellarme:
él pretende desbancarme,
por eso juega esa carta.

CLARA. ¡Dios mio! Mirarme así (*Despues de haber leido.*)
insultada... no me avengo.

JUAN. ¿Qué tiene usted?

CLARA. ¿Que qué tengo?
Tengo rábia, frenesí

JUAN. De ahí resulta...

CLARA. Resulta
que aquí me veo insultada;
porque siendo yo casada,
quien me enamora me insulta.
Ni ¿qué derecho le dí
de obra ó de palabra? Pues
¿cómo es? ¡oh! ¿cómo es
que se atreve á hablarme así?

JUAN. Muy bien; me gusta ese ardor,

porque de ese ardor sospecho
que no tenia derecho
de hacerla á usted el amor.

CLARA. ¿El? ¡Qué habia de tener!
¿Podia llegar así
hasta olvidarme de mí?
¡Oh! soy yo mucha mujer.
¿A las mujeres casadas
inquietando?... no se asombre,
ahora quisiera ser hombre
y darle de bofetadas.
Y ahora rompo este papel
en que me pinta su llama
y que me insulta y me infama;
le desprecio como á él. (*Rompe la carta.*)
Los cielos me son testigos
de que solo en él veia
un amigo...

JUAN. Es que, hija mia,
la mujer no tiene amigos.

CLARA. ¿Cómo pudo sorprender
usted esa carta?

JUAN. ¿Yo?
Don Marcelo me la dió:
estaba en el *necessaire.*
Con sus comas y sus puntos
se la leyó toda, y luego
le dijo el otro modrego
que no vivíamos juntos.
Por eso armó la que armó,
deshizo la boda, y
se fué corriendo de aquí:
no sé dónde se marchó.

CLARA. No estar juntos... Si tuviera
usted otro génio...

JUAN. ¿Yo?
Si es usted la que...

CLARA. No, no.

JUAN. En fin, sea lo que quiera,
el hecho es que él se incomoda

con la boda, y Genoveva...
Vamos á ver qué tal lleva
no verificar su boda.

ESCENA VII.

CLARA, JUAN, GENOVEVA.

GENOVEVA. Si estorbo me iré.
CLARA. ¿Tú aquí?
Ven aquí, ven: qué bobada,
entre nosotros no hay nada
reservado para tí.
Nada hay que cause sonrojos...
mas tienes las manos cálidas,
tienes las mejillas pálidas,
ribeteados los ojos.
Hija, eso no es razon;
si un novio te causa oprobio,
ya encontrarás otro novio.
GENOVEVA. Y ¿quién manda al corazon?
¿Cómo he de mirar con calma
este afan porque me muero?
Si con el alma le quiero,
¿cómo arrojarle del alma?
Nadie aquí desaprobó
este cariño al nacer,
tú le miraste crecer,
y tanto creció y creció
que el corazon me maltrata
y fatiga el pensamiento,
y, pobre de mí, aquí siento (*En el corazon.*)
que si se ausenta me mata.
JUAN. Es su padre de opinion
de que aquí no somos buenos,
y quizás nos tiene en menos
su padre.
GENOVEVA. Y tiene razon.
JUAN. ¿Que tiene razon?
GENOVEVA. Sí tal.

JUAN. ¿Tiene razon? No lo entiendo.

GENOVEVA. ¿No la ha de tener, viviendo
por su lado cada cual?
Y si mi ventura empaña
rompiendo este casamiento,
yo, ¡pobre de mí! lo siento;
lo siento, mas no me estraña;
pues harto, aunque no me cuadre,
sé que por medios prolijos
deben heredar los hijos
las desventuras del padre.
A los padres castigó
Dios, disponiéndolo así;
¿estais separados? sí;
y ¿sois venturosos? nó.
Tú dando á tu instinto rienda, (A *Clara.*)
en tu aislamiento profundo
marchas sola por el mundo
sin nadie que te defienda.
Si alguien se atreve á insultarte
ó administra mal tus bienes,
callarás, porque no tienes
un brazo donde apoyarte.
Tú malgastas el encono (A *Juan.*)
haciéndote mil reproches,
y pasas dias y noches
maldiciendo tu abandono.
¡Oh! sí; ¿qué mayor pesar,
qué más pesar puede haber
¡Dios mio! que no tener
un seno dónde llorar?
Y ¿cuándo llegueis á viejos
y esteis enfermos, decir:
«quién me debia asistir,
está muy léjos, muy léjos?»
Eso es horrible ¿verdad?
hallarse uno cuando muera
soledad por dónde quiera
y siempre la soledad...
¡Oh! pero vosotros dos

teneis vuestro merecido,
puesto que habeis desunido
el lazo que juntó Dios.

JUAN. Hija mia... en conclusion,
si tú en mi caso te vieras
sobrada razon me dieras.

GENOVEVA. Nunca hay bastante razon.
¿Ha echado sobre tu honor
infame borron quizás?

JUAN. Pues no me faltaba más.

GENOVEVA. ¿Te maltrata?

JUAN. No señor.

GENOVEVA. Y tú que tanto desden (*A Clara.*)
estás demostrando ahí,
¿es fiel?

CLARA. Yo... creo que sí.

GENOVEVA. ¿Administra mal?

CLARA. Muy bien.

GENOVEVA. Soltando vuestros instintos,
os causais mil padeceres,
porque vuestros caractéres
sean un poco distintos;
y os llegais á amontonar
y separados os veis,
sin reparar que teneis
una hija á quien educar:
una hija de los dos,
una hija que os quiere tanto,
con un amor puro y santo,
primero, despues de Dios.
¡Ay pobrecita! Que así
aunque el dolor la taladre...

JUAN. Hija...

GENOVEVA. Yo no tengo padre (*Rechazándole.*)
ni tengo madre, ¡ay de mí!
Cuánto á Dios en boca traje
cuando á mis solas rezaba
por mi padre que viajaba...
No tenia mal viaje.
Y pidiendo á Dios, así,

exclamaba en mi dolor:
«¡Que le vuelva á ver, Señor!»
y estaba cerca de mí,
en la misma poblacion;
sin venir á darme un beso
estando tan cerca... eso
es tener mal corazon.

JUAN. Hija...

GENOVEVA. Déjame.

JUAN. Es que... ¡oh!
¿no me quieres?

GENOVEVA. Claro está:
no queriendo á mi mamá,
¿cómo he de quererte yo?

CLARA. Hija, haces que se taladre
mi alma.

GENOVEVA. Sola me estoy viendo;
y padre y madre teniendo,
no tengo padre ni madre.
Y si por vuestro desliz
mi desdicha se reporta,
al fin y al cabo, ¿qué importa
el que yo sea infeliz?
¿Qué importa que yo me muera
á mi padre? A la verdad;
igual que mi enfermedad,
que ni pareció siquiera.

JUAN. Hija, si hubiera sabido
que tú estabas mala, yo...

GENOVEVA. ¿Hubieras ido allá? No.
¿No te encuentras desunido?
Pues sigue, sigue, señor;
á la larga ó á la corta
que tu hija... poco importa
que se muera de dolor.
¡Oh! lucho y me desespero
y con harta razon lloro;
siempre juntos, os adoro;
no estándo juntos, no os quiero.

JUAN. Hija... Clara, ya lo ves,

se ha empeñado... pero tú...
tu génio...

CLARA. Por Belcebú,
es el tuyo.

JUAN. No lo es.
En fin ¿quieres... (Me dá empacho.)
que vivamos desde hoy
unidos por siempre?... (Estoy
temblando como un muchacho.)

CLARA. ¡Juan! (Condenado teson
que me dá vergüenza y...)

JUAN. En fin, ¿me quieres?

CLARA. Sí; sí:
con todo mi corazon.

JUAN. Fuerza es que el rubor se venza,
(Es guapa.) y hechas las paces... (*Abrazándola.*)

CLARA. (Y es buen mozo) No me abraces,
que me dá mucha vergüenza...

GENOVEVA. ¿Por qué? Esos son escesos
que son disculpables. ¡Ah!
qué contenta estoy, mamá;
ven, dame un millon de besos.

JUAN. Al fin de los años mil,
cuando piensa que se aleja,
al redil vuelve la oveja,
vuelve la oveja al redil.

ESCENA VIII.

CLARA, JUAN, GENOVEVA, D. MARCELO.

MARCELO. Mi equipaje, mi equipaje;
quiero mi equipaje pronto,
para marcharme de aquí
aunque sea al fin del globo.
¿Dónde está? Démele usted.
Traje á prevencion un mozo...
Voy á una casa de huéspedes,
aunque he de estar aquí poco,

y quiero mudarme... pues
sudando estoy como un pollo,
porque he dado un gran paseo
cavilando en mis negocios.

JUAN. ¿A dónde fuiste?

MARCELO. Al Retiro:
me puse á hablar con el oso...
y al contarle mis desdichas
exhaló un gruñido ronco...
Venga mi equipaje.

JUAN. No
te le doy por todo el oro
del mundo. ¿Quieres marcharte
y dejarnos aquí solos,
tú, que fuiste un testigo
cuando nuestros desposorios?
Ahora, que hacemos las paces
y que estamos juntos....

MARCELO. ¿Cómo?

JUAN. Estando juntos; estando
otra vez como dos tórtolos.

GENOVEVA. Que por no verme llorar
se unen y es buen matrimonio.

MARCELO. ¿No me engañais? ¿Es de veras?
A ver: un abrazo, otro. (*Exáminándolos.*)
Es de veras.

JUAN. Y nos vamos
á Sacedon. Yo supongo
que la administracion...

MARCELO. Sí.
es tuya, tuya.

JUAN. ¡Qué gozo!
Y ahora Genoveva y Luis
se casarán, ¡qué demonio!
yo soy buen marido, y quiero
contemplar á muchos otros.

MARCELO. Estando unidos, corriente.

JUAN. ¿No te opones?

MARCELO. No me opongo.
Si me oponia era por

el mal ejemplo; de modo...
Y me encontraba muy mal,
es decir, me hallaba solo...
Ahora no: ahora tendré nietos...
parece que me remozo.
Os vendreis á Sacedon,
nos acomodamos todos...
mas, como la casa es chica,
solo tengo un dormitorio
que ofreceros. ¿Aceptais?

JUAN. Me conformo.

CLARA. Me conformo.

MARCELO. ¿Y el tunante de mi hijo?
¿dónde estará ese galopo?
Le mandé que no pusiera
aquí más los pies, y el tonto
me habrá obedecido.

GENOVEVA. Cá:
si ha estado aqui hace muy poco.
Estaba muy agitado,
se le saltaban los ojos...
Aquí está.

ESCENA IX.

CLARA, JUAN, MARCELO, GENOVEVA Y LUIS.

MARCELO. Ven acá, Luis.
¿Cómo estás aquí?

LUIS. ¿Yo?...

MARCELO. Pronto.

LUIS. Yo vengo aquí, porque quiero
á Genoveva: esto es;
y á pesar de todo el mundo
y mas que no quiera usted,
yo seré al fin su marido
y ella será mi mujer.

MARCELO. ¿Tanto la quieres?
LUIS. Muchísimo:
es mi existencia, es mi bien.
MARCELO. ¿Sí? Pues cásate con ella;
en nada me opongo.
LUIS. ¿Qué?
GENOVEVA. Que se han unido mis padres,
y quiere el tuyo tambien
que nosotros nos unamos.
LUIS. ¿Se han unido?
JUAN. Ya se vé,
volvió la oveja al redil;
nuestra hija ha tenido el
talento de reunirnos
por siempre jamás, amen.
LUIS. Pese á D. Cárlos Ortega.
JUAN. ¡Oh! ¡D. Cárlos! Ese es
un pícaro... me olvidaba:
ahora le voy á romper...
LUIS. Está en cama.
JUAN. ¿Que está en cama?
¿cómo?
LUIS. Me batí con él.
GENOVEVA. Por eso estaba agitado...
Pero, señor, ¿y por qué?
LUIS. Porque queria el bribon
que tu mamá fuese... pues.
Ha sido á sable, sin punta.
¡Caramba! y tira muy bien,
muy fuerte; mas felizmente
yo paré y le dí un revés
en el codo, que tendrá
para quince ó diez y seis
dias de cama, y el brazo
sin que le pueda mover.
MARCELO. Ea, pues, ya estás vengado,
ya nada te altera, pues
que se casen los muchachos
y á Sacedon os vendreis:
y en calma, lo afirmo yo,

pues ya la crisís pasó,
vivireis bien de seguro
sin disputar lo que un duro
duró.
Allí vivireis muy bien,
del mundo haciendo un Eden
y siguiendo mi dictámen,
para que todos os amen,
amen.

RECTIFICACION.

Página 23, *línea* 2.ª, *dice:* buen temperamento y buen... *léase:* buen temperamento y él...

APROBACION.

Habiendo examinado esta comedia, en virtud de real órden de 6 del actual, no hallo inconveniente en que se autorice su representacion.

Madrid 13 de marzo de 1865.—Fernando Martinez Pedrosa.